

ORIENTACIONES PARA UNA ACCION CULTURAL CHILENA

La inquietud manifestada por distinguidas personalidades de nuestro país, vinculadas todas ellas a actividades culturales y de reconocida versación en nuestro medio, acerca del rol e importancia que a la cultura puedan otorgar las diferentes opciones políticas, es oportuna y plenamente justificada.

Una ya larga experiencia revela que, en la realidad concreta y repetida de los distintos períodos y gobiernos, con frecuencia se ha carecido de orientaciones definidas en relación a la cultura chilena, y no se han dado las prioridades ni las políticas fundamentales que exige.

Pareciera que siempre priman sobre ellas, las urgencias del ejercicio del poder o de la lucha por alcanzarlo, acrecentarlo o conservarlo. Siempre es mayor la sensibilidad para captar otros requerimientos que se estiman más inmediatos, o para atender las necesidades apremiantes del pueblo, que para servir la trascendencia de su cultura; nunca se subordinan las construcciones materiales o las inversiones con fines económicos o productivos, para invertir primero en cultura. Siempre se restringen más los recursos que se destinan a los instrumentos culturales, aún cuando ya son de por sí escasos.

Lo grave de estas concepciones y políticas, históricamente compartidas, es que han provocado y, a la vez, acrecientan la causa fundamental del desarrollo insuficiente y desigual de nuestra nación,

que no es otra que las fallas, las deficiencias y los vacíos culturales de nuestro pueblo. La acción privada, con ser tan importante en esta materia, no cubre el vacío que deja el Estado.

Chile vive en este tiempo una hora importante. La política nacional, que está llamada a definir el proceso de transición y de conducción gubernativa, debe estar dirigida por la reflexión y por la sabiduría y ambas son expresión superior de la cultura.

La responsabilidad cultural que significa el cargo que actualmente ocupo -y el hecho de estar por varias razones al margen de las contiendas electorales y partidistas-, me autorizan o me imponen el deber de intentar hacer llegar a todos los sectores políticos, sin exclusión alguna, las reflexiones, inquietudes y sugerencias que la cultura chilena requiere

Comprendo que resulta difícil aportar algunas ideas con tales propósitos, que puedan no estar ya en los programas de los partidos o que los contradigan o no sean ampliamente conocidas o que no hayan sido comprendidas en las acciones positivas del actual gobierno o de otros anteriores. Pero, al respecto, deseo expresar dos cosas: primero, por muy importante que sea lo hecho, ha faltado mayor amplitud, más recursos y una más alta prioridad; y segundo, frente a lo por hacer, debo advertir también que la cultura no es -ni sus instrumentos son- una materia que pueda ser sometida al gobierno del Estado, ni mucho menos a las ideologías o intereses de partidos o mayorías electorales.

La cultura es un bien y una tarea nacional. Pienso que no es una pretensión o inmodestia mía, querer aportar algo a este debate. Creo que lo justifican la intención con que lo hago y una

ya larga experiencia pública; el haber conocido el pensamiento de muchos chilenos de excepción y meditado en lo escrito y hecho por tantos otros a través de nuestra historia; el haber vivido y pensado profundamente a Chile, valorando prioritariamente su cultura y las consecuencias de sus debilidades; el haber intentado intuir desafíos y escenarios futuros para nuestra Patria y concebir y diseñar orientaciones que sirvan a todos los chilenos para construir una respuesta nacional que asegure el destino de Chile; y, por cierto, la responsabilidad actual que me asiste respecto a la conservación y acrecentamiento del patrimonio histórico-cultural nacional y de dirigir sus grandes instrumentos culturales.

Por eso, he querido dar a conocer estas reflexiones sobre la cultura y algunas ideas y proposiciones para orientar el apoyo público que debe darse a la acción cultural chilena.

I Dimensiones de la cultura.

1.- Conciencia de sí mismo.

Toda cultura está basada en una concepción del hombre. El origen, la idea germinal de una cultura es la conciencia que el hombre tiene de sí mismo. El hombre forja esa conciencia, forma esa concepción, se sujeta a ella y busca imponerla a otros hombres.

Esta conciencia se va insertando en el pensamiento o en las formas de vida, a través del tiempo, y lo hace en las entidades o puntos sociales de relación: en la familia, la escuela, la comunicación social, el arte y el folklore. En su esencia, es un

valor religioso.

La conciencia originaria genera valores. Valores personales y sociales que se estructuran en jerarquías exigentes, que orientan la conducta y la vida de la sociedad; que dan a ésta la dimensión esencial de su fin y de sus objetivos más trascendentes. Crean una ética; una conducta personal y social.

Las diferentes y grandes culturas históricas, han tenido todas esta semilla originaria de una determinada conciencia o concepción del hombre. Mientras ésta es sana y vigorosa la cultura se mantiene cohesionada y coherente. Pero, cuando se erosiona o se borra esa conciencia, o se pierden los valores que han germinado de ella, la cultura entra en crisis, agoniza o se destruye.

Un análisis profundo de la civilización actual, bullente en los procesos brillantes de los cambios, nos podría mostrar, no obstante, que la pérdida de los valores fundamentales, la tiene sumida en una crisis cultural de enormes proyecciones.

Otras culturas, en cambio, que han tomado diversos medios y formas propias de la creación de la cultura occidental, mantienen mejor sus jerarquías de valores y, por ende, su vigor y su identidad cultural.

La conciencia de sí mismo, las jerarquías de valores, y su inserción en la sociedad nacional, son la primera de las bases, sólidas y permanentes, de la identidad nacional. Al mismo tiempo, son el elemento esencial para la formación personal. Sin esta dimensión de la cultura, la nación no es ni puede ser una sociedad consistente y unida esencialmente; y ese hombre, entonces, no es un miembro unido e identificado espiritualmente con ella, sino se siente alienado,

disociado o espiritualmente oprimido.

Toda cultura concibe, también, a esta sociedad mayor en la que los hombres se insertan y trascienden históricamente. Es la conciencia de ser nación. La nación es una realidad cultural, primero, antes de ser realidad política, jurídica o económica; y es dicha realidad la que le da vigor para plasmar su destino.

Para una nación, su cultura es su ser espiritual. Un pueblo vive su cultura. Sus nexos sociales se estructuran basados en las formas generadas o aceptadas en el tiempo por su propia realidad cultural. Sin duda, es el espíritu del hombre que trasciende del instinto de manada, el que aflora y se expresa en su inteligencia y en su voluntad, el que crea cultura y, a la vez, el mismo es formado en la realidad cultural de su sociedad.

La inserción de la cultura en la sociedad, en cada una de las personas, a través de esos puntos o entidades de inserción, es lo que da vigor a esa sociedad, fortalece sus valores y, por ende, su identidad.

La identidad cultural de su pueblo le permite tener unidad de valores, encontrar unidad de propósitos, fortalecer la idea-fuerza de un destino común y comprender la indispensable unidad social de la nación entera. Le permite, así, superar desafíos, soportar fracasos, resistir al tiempo, y no morir.

La verdad enseña -pero, por desgracia, su enseñanza es abundantemente inadvertida- que la cultura es y debe ser prioritaria dentro de la nación; lo que equivale a decir prioritaria para el Estado y prioritaria para toda la sociedad. Si no lo es, si se la posterga para darles prioridad a otros requerimientos; si se prefiere subordinar

la dura tarea de creación y elevación cultural propia a la mera importación de formas o dimensiones o productos culturales foráneos, será todo el ser nacional de ese pueblo el que se resentirá, se erosionará o se frustrará, gravemente.

2.- La cultura del entorno.

Otra dimensión fundamental de la cultura es lo que podríamos llamar la cultura del entorno. Es decir, cultura es la adecuación del hombre no sólo a su sociedad sino también a su espacio planetario.

El hombre nace -siempre- relacionado con una realidad. Esa realidad, su familia y su entorno, crea en él sentimientos, sean afectos o rechazos, valores o antivalores. Crece dentro de ella, se moldea, absorbe hábitos, comprensiones, acoge y se adapta a la vida que conoce o se rebela y rechaza lo que le impone. Dependerá de la persona y de su ambiente familiar y social; pero, también, dependerá de la sabiduría con que esa sociedad haya adaptado su vida a las circunstancias de su entorno, de su realidad espacial.

Hay entornos acogedores, que levantan e impulsan; y otros, sin duda, que aplastan, dificultan o limitan la vida.

Esa sabiduría para crear una forma de vida adecuada a las exigencias o rigores del entorno, es cultura. También las diferentes culturas se han originado en esta sabiduría, y gracias a ella los hombres y los pueblos fueron habitando el planeta entero. Aprender a vivir en los hielos, o en las montañas, o en los desiertos, o en las estepas, o en las selvas tropicales, o en las selvas frías,

o en los fríos archipiélagos y canales, son formas culturales tan fundamentales como las que surgen favorecidas en los valles fértiles, de clima grato y en las llanuras feraces de grandes ríos, o, aún, del prodigio de ir poblando pequeñas islas distantes en el gigantesco desierto oceánico.

El hombre aprende a vivir en esa tierra y aprende a cultivarla - o a vivir de lo que le da el entorno - para hacer posible su existencia. Este es el origen de esa dimensión de la cultura.

Pero el paso del tiempo, la multiplicación de los hombres, la creación de complejas realidades sociales, la aparición y el desarrollo de las ciudades, la invención y dependencias de nuevos medios, instrumentos y formas o concepciones de vida, van forjando una inagotable variedad de circunstancias que pesan, alteran y, a menudo, ocultan o destruyen, esa originaria cultura del entorno.

Son infinitas las circunstancias que pesan hoy sobre cada hombre, particularmente cuando su entorno es el de una gran ciudad. Nada, dentro de las circunstancias que presenta, recuerda ese origen de la cultura. Nada, o casi nada, queda de aquella sabiduría originaria, ni de la comprensión fundamental de la necesaria cultura del entorno.

Es efectivo e innegable que la ciudad obedece a otro nivel de la cultura y que dentro de la ciudad la cultura adquiere y desarrolla otras dimensiones. Nadie podrá despreciar o desconocer el significado trascendental que ha tenido en la historia humana, y hasta qué punto es consustancial con las evoluciones experimentadas por las culturas actuales.

Pero, entre otros, estas formas culturales urbanas han

solido tener el gravísimo defecto de romper la relación cultural del hombre con su entorno natural. En efecto, la civilización -que siempre es predominantemente urbana- ha hecho perder esa adecuación originaria a su ambiente planetario; el hombre no se educa para vivir con un entorno sano, ni lo cultiva como un bien fundamental para su existencia. Y como aquélla se impone a los hombres rurales a través de los medios e influjos sociales -educación, legislación, comunicación, sistemas, instrumentos, y, aún, necesidades, expectativas y anhelos-, también, allí impone la negación a la realidad y la destrucción o carencia de cultura, en la dimensión y valoración de su entorno.

Quizás se comprenda mejor lo dicho, si consideramos la realidad de este continente. Entre las complejidades culturales que produjo la colonización de América, resalta negativamente la pérdida de la cultura del entorno, tan admirablemente vivida por los diferentes pueblos aborígenes. La confusión siguió a la inserción de la civilización europea. Así, en este plano, en la transculturización habida a lo largo de siglos, los europeos quisieron transplantar su propia dimensión a este entorno desmesurado de América -tan distinto-; los indígenas perdieron la suya, y los mestizos -tal vez- no aprendieron bien ninguna de las dos.

Hoy, apreciamos el resultado de esta confusión. El deterioro del medio ambiente, la deforestación, la depredación de recursos, la contaminación, la erosión, la acumulación de basuras y desechos, son todas expresiones de la carencia de una cultura del entorno. También lo son las tendencias a la concentración masiva en una gran ciudad y el abandono, retraso o aislamiento y pobreza rural, que caracterizan a nuestra América en la actualidad.

La cultura del entorno, en definitiva, significa que el hombre debe saber adaptarse a la naturaleza, en el sentido de respetarla y saber cómo preservarla. Sólo así asegurará su habitat para los futuros milenios. Debe saber vivir y saber utilizar los recursos y los elementos y los espacios de su entorno adecuadamente; esto es, culturalmente. Es decir, aprender a tener no sólo la cultura campesina de nuestro valle central, sino, también, cultura marítima, cultura de la madera, del desierto y de la montaña.

3.- La cultura y las ideas vitales de cada tiempo.

Una tercera dimensión fundamental de la cultura la forman las ideas vitales del tiempo que se vive.

Siempre, una cultura tiene un sistema de ideas que la ordena y le da su identidad y sentido. Sistema que ordena al hombre, el mundo y el hombre dentro del mundo. Cuando la cultura pierde la coherencia de su sistema de ideas, no sólo se rompe su orden interior, sino que toda ella entra en crisis.

El sistema de ideas está formado esencialmente por las llamadas ideas-fuerza, que son ordenadoras; pero, también, por la incorporación de las ideas-instrumentos, que impulsan nuevas formas o interpretaciones, o nuevos medios, que impulsan el cambio.

El sistema ha formado un orden; y, en consecuencia, es y debe ser constante. Es decir, es lo permanente de una cultura.

Pero la cultura, a su vez, es cambio. Y ese cambio se lo proporcionan principalmente esas ideas-instrumentos. La significación del cambio dependerá del vigor innovador de idea nueva

o del grado de rompimiento del orden anterior que pueda producir. Su efecto, sin embargo, si es tan profundo o tan intenso como para producir la ruptura o modificación del sistema de ideas esenciales, no significa necesariamente la creación de un nuevo sistema de ideas de esa cultura. Por el contrario, más bien o más probablemente, podrá transformarse en una grave erosión del orden interior de esa cultura, o en la causa de su crisis inevitable.

Es lo que sucede en la actualidad con la cultura occidental. El sistema de ideas clásico-cristiano, completo y coherente, ha venido siendo destituido de su orden y cohesión por cambios reiterados que la afectan en su esencia, y por nuevos cambios que alteran las dimensiones originarias de esta cultura. La conciencia, los valores y la identidad, han venido siendo negados o sustituidos por la secularización, la transculturización y por ideologismos y tecnocracias. La cultura del entorno y su valoración, ha sido reemplazada por la explotación y el aplastamiento inmisericorde que impone una civilización dominadora y economicista.

Una demostración palpable de esta crisis, actual y creciente, se aprecia en la contradicción esencial entre el desarrollo existente y la incertidumbre humana. Nunca la ciencia ha sido mayor, ni la técnica más eficiente, ni jamás ha sido tanto el poder del hombre sobre su medio y la naturaleza. Pero, ¿por qué es tan profunda y tan extendida la crisis en las sociedades y en el mundo? ¿Cuál es la causa de la enajenación en la crisis personal e interior de tantos hombres?

Tal vez, sea, como alguien dijo, que el hombre sabe hoy cómo hacer muchas cosas... pero no sabe que debe hacer.

La verdad, pienso, es que a través de dos siglos se ha puesto tanto énfasis en los cambios y tan poco en lo permanente de la cultura, que ésta ha perdido sus esencias. Como una vez más esta es la tendencia dominante en el mundo, la crisis se presenta inevitable.

El cambio es necesario. Significa ideas vitales, ciencias, medios, creación e inventiva. Si todo fuese siempre permanente, la cultura anquilosada moriría.

Si todo es cambio, sólo existe inestabilidad, desorden, enajenación y crisis. También es esencial lo permanente. Lo que debe ser constante en una cultura, es lo que genera orden, estabilidad, coherencia y sabiduría.

En conclusión, sólo la suma consistente y armónica de lo que es permanente y del cambio creativo, genera solidez y progreso.

Atribuído este análisis a la cultura de una nación, es esta suma, así lograda, el único camino que le permitirá prevalecer y perdurar.

Por eso es que, junto con afirmar lo esencial de la cultura chilena -sus valores e identidad y su valoración del entorno-, y las idea-fuerza de la unidad y bien común de la nación, debemos avanzar en ideas vitales de este tiempo -los nuevos medios científicos y tecnológicos-, para ser capaces de crear una respuesta nacional que nos asegure el futuro.

4.- La cultura y la belleza.

La belleza es esencial en la cultura. Toda cultura encierra una búsqueda constante de la belleza, porque ésta es un anhelo

absoluto del ser.

Es más, aún, la naturaleza busca la belleza, y cuando la encuentra la repite incansable en las especies. Muchas especies la perciben o, a su modo, en su instinto la buscan.

Para el hombre y sus culturas la idea de belleza se repite. El ideal de la belleza, con su fuerza creadora, es constante. Las expresiones podrían variar según sea el entorno o el tiempo de cada cultura. El ideal perdura y trasciende de su propia realidad cultural y de su tiempo.

Este anhelo fundamental del ser, genera arte, formas, expresiones. De distinto nivel y grado de abstracción y perfección, el arte busca expresar la belleza, esencialmente. Sea en el arte, en la artesanía o en el folklore, es siempre exigible la perfección y la búsqueda de la belleza.

La cultura nacional que no es acompañada de la belleza en las expresiones y en la creación de su pueblo, revela su pobreza, su chatura o sus grandes vacíos.

5.- La cultura y su patrimonio

El patrimonio cultural de una nación es la creación histórica, trascendente y perdurable de un pueblo. Su pensamiento y su espíritu, su arte y su creación, los testimonios de la vida de su sociedad y de los ancestros, del paso de la Historia, forman parte de este amplio patrimonio histórico-cultural. Junto al patrimonio natural, forman el patrimonio de la nación.

El patrimonio es un bien objetivo. Está formado por realidades, bienes, objetos, obras, testimonios, restos, y, aún,

palabras, costumbres y tradiciones. Son como cuerpos físicos de la identidad, historia, memoria, arte, ciencia y vida intelectual y material de la nación.

No obstante esta realidad objetiva, en verdad, una nación posee patrimonio cultural cuando siente, reconoce y valora como tal todo cuanto la integra. Sólo entonces el patrimonio es tal y vale y pesa en cuanto ~~es~~ tal. La nación se enriquece y se ennoblece. El pueblo siente y aprecia sus raíces; ama su creación cultural y eleva su espiritualidad y su vida. Q

A la inversa, cuando un pueblo ignora, o menosprecia, o destruye, o vende, o deja sin valorar su patrimonio, o no lo conserva ni le destina recursos, esa nación pierde su patrimonio histórico-cultural, pierde sus raíces, y, a la vez, pierde fuerza espiritual, identidad nacional y trascendencia.

El patrimonio cultural afirma la creación constante, lo permanente de una cultura. En él caben testimonios de todas las dimensiones de la cultura. Hace constante lo que fue cambio y es una lección perdurable de la vida de los pueblos de esa nación.

Conservar el patrimonio es generar cultura. Hace más cultos a los que lo conocen y genera cultura para las generaciones que vendrán y podrán conocerlo.

El patrimonio natural y cultural, en la geografía abierta de la patria o en las calles y pueblos, o en las bibliotecas, archivos y museos, es una enseñanza viva y profunda para los espíritus libres y las mentes abiertas y sanas. Es escuela, universidad, taller, arte, instrumento cultural.

Es, en definitiva una dimensión esencial de la cultura, sin la cual una cultura deja de tener raíces; es decir, deja de ser

cultura y pasa a ser un vacío, una forma hueca, para ^{una} sociedad también vacía, carente de identidad.

II Proyectar y construir el futuro.

(Esta materia requiere un segundo trabajo. Por ahora, sólo unas pocas palabras).

Al reseñar tan resumida como apresuradamente algunas reflexiones sobre la cultura, se ha querido precisar y publicitar lo que no puede ser ignorado respecto a exigencias fundamentales de la cultura de la nación chilena. A lo anterior, cabe agregar, la afirmación de que sólo vigorizando y acrecentando la cultura chilena, en todas sus dimensiones y en toda la extensión de la Patria, Chile podrá proyectar y construir su futuro.

La tarea de hacerlo, es tarea nacional. No corresponde sólo al Estado, ni sólo a los particulares, ni sólo a la Iglesia. Corresponde a la nación entera, a todos y a cada uno de los chilenos.

Los instrumentos para tal tarea son todos los que sean aptos para realizar algunos de los aspectos que comprende. Pero, innegablemente, recae una mayor responsabilidad sobre aquellos que asumen las funciones relativas a la educación, al patrimonio cultural y natural, a las ciencias y tecnologías, a la comunicación social y a la formación espiritual y patriótica de los chilenos.

Formar a la persona perfilando recta y claramente los atributos de su alma - la inteligencia y la voluntad- con ideas claras, mentalidad positiva y criterios de valor; darle cultura, en todas sus amplias dimensiones; forjar su identidad nacional, la adhesión

y responsabilidad social, la valoración del entorno y de su patrimonio cultural, la cohesión interior y la capacidad creadora, son la síntesis final de esa tarea cultural. Y son exigencias insustituibles para saber proyectar ese futuro y poder construirlo.

Es función esencial del Estado, dar prioridad absoluta a esta tarea y atención preferencial a tales instrumentos culturales. Estructuras legales adecuadas, recursos económicos suficientes, estímulos y subsidios, que acojan una amplia participación nacional, son obligaciones que deben acrecentarse urgentemente.

Sólo unas palabras más sobre el patrimonio nacional. Si la educación debe formar y dar cultura, con el aprendizaje de su idioma, de su historia, de su geografía y de su entorno, e instruir en las ciencias y artes; y capacitar para entender la vida y las exigencias del desarrollo, la educación superior debe completar la cultura, la formación científica y la docencia superior. En todas estas etapas la valoración del patrimonio cultural debe ser esencial.

Las entidades responsables del patrimonio histórico-cultural deben conservar ese patrimonio y acrecentar y generar cultura. La conservación, la investigación, el estudio, la exhibición y divulgación, la extensión y valoración del patrimonio nacional, para ser realizadas con pleno éxito requieren duras exigencias: autonomía, profesionalismo, continuidad, libertad y celo para cumplir sus funciones; recursos económicos suficientes, que permitan realizar aquellas funciones; participación de la sociedad entera, en la valoración, financiamiento, protección y respeto del patrimonio.

Alcanzar estas metas, en este tiempo, es un imperativo. Los desafíos no esperan. Debemos asumirlos y superarlos, ahora.

Mario Arnello Romo
Director de Bibliotecas, Archivos y Museos
Coordinador General del Proyecto
Nacional Chile Futuro